

ciudades. Urquiza, hombre tan honrado como valeroso, y muy querido en aquella comarca por su noble franqueza, marchó con ellos sobre Zitácuaro; y después de un sitio de cuatro días, en que gastó todas las municiones con que contaba, tuvo que retirarse á la Mesa de la Palma, dejando libre el paso á las tropas enemigas.

De este modo, en el mes de Abril de 1855, apenas le quedaban al gobierno en Michoacán mas poblaciones de importancia que Morelia y Pátzcuaro; lo cual le obligó á tomar tan eficaces medidas, que habrian puesto en conflicto á la revolucion en aquel departamento, á no haberle llegado oportunamente un auxilio poderoso.

CAPITULO OCTAVO.

CAIDA DE LA DICTADURA.

Nombramiento de Comonfort para general en jefe de la division del interior.—Marcha á Michoacán.—Cómo encontró la revolucion.—Escesos que se cometian á nombre de ella.—Impresion que le causaron.—Sus medidas.—Zuloaga abraza la revolucion.—Razones que tuvo para ello.—Otros disgustos.—Nuevo sacrificio.—Marcha Santa-Anna á Michoacán.—Entra en Zamora.—Proyecto de atacar á Comonfort.—Cuesta en Guanajuato.—Espedicion de Degollado hácia la capital.—Le persigue Tabera.—Desastre de Tizayuca.—Pronúnciase Vidaurri en Lompazos.—Toma de Monterey.—Pronúnciase Guerrero de Tamaulipas.—Vuelta de Santa-Anna á México.—Indulto.—Combates en el Sur.—Derrota de Güitán en el Saltillo.—Pronúnciase La Llave en Orizava.—Consulta Santa-Anna al consejo de Estado sobre una constitucion.—Resolucion del consejo.—Enojo del gobierno.—Sus temores.—Primeros proyectos de fuga.—Vacilaciones de Santa-Anna.—Le desiden los hechos de Comonfort.—Por que éste no tomó á Pátzcuaro.—Marcha de Michoacán á Jalisco.—Pelgro que corrió por no haber sido cubierta su retaguardia.—Toma de Zapotlán.—Arrojo de Comonfort.—Entra pacíficamente en Colima.—Medidas que dicta en favor del territorio.—Divúlgase el proyectado viage de Santa-Anna.—Circular declarando perturbadores á los que lo digan.—Lo que dijeron los periódicos.—Sale Santa-Anna para Veracruz y se embarca.—Publicase el pliego cerrado.—Circular participando la salida del presidente á pacificar el Departamento de Veracruz.—Escóndense los ministros.—El 13 de Agosto en la capital.

DESDE el mes de Enero de 1855 una comision de los caudillos de Michoacán habia ido al Sur con el objeto de solicitar del general Alvarez un gefe de valor, capacidad y prudencia, que se pusiera al frente de la revolucion en aquel departamento, que pudiera con su prestigio uniformar todas las voluntades y refrenar las malas aspiraciones, y que diera el conveniente impulso á la causa popular en el interior de la República. Todas las miradas se fijaron al punto en Don Ignacio Comonfort, como que en él se encontraban reu-

nidas las cualidades que iban buscando los enviados de Michoacán; pero no queriendo el general en jefe que se alejara tanto del foco principal de la empresa el caudillo que tan eficazmente la servía con su actividad y sus consejos, nombró para aquel fin al general Don Florencio Villareal, persona tan capaz de llevar á cabo el pensamiento que se proponían, como digna de la honra que se le dispensaba.

Villareal se puso en camino para el departamento de Michoacán, donde su presencia habria dado seguramente notable impulso á la revolucion; pero al llegar al rio de las Balsas cayó enfermo, y tuvo que suspender su viaje.

Como aquella enfermedad se prolongaba, al mismo tiempo que las necesidades de Michoacán crecían y se hacían cada vez más urgentes, Comonfort suplicó al general Alvarez que le enviase á él al interior de la República. Tratábase de una expedición llena de peligros y dificultades, de una comisión delicada y comprometida, en la cual aguardaban grandes sinsabores y riesgos á que la desempeñase; y al solicitarla para sí el defensor de Acapulco, no pedía sino la gloria de los sacrificios que tendria que hacer por la causa del pueblo.

Resistióse mucho Alvarez á obsequiar aquellos generosos deseos. Comonfort era gobernador y comandante general del departamento de Guerrero, y como tal sus servicios eran allí sobremedida importantes: era el alma de la revolucion, el consejero y el amigo del general en jefe, la más firme columna de su empresa, su apoyo y su consolador en los contratiempos de aquella terrible lucha. No queria que se separara de los lugares donde juntos habian empezado á lidiar contra la tiranía; no queria que por atender á los de Michoacán, quedara mal atendido lo del Sur; y declaró por último, que antes de consentir en que Comonfort se separara de Acapulco, iria él mismo á ponerse á la cabeza de los pronunciados del interior.

Comonfort logró convencerle de la necesidad de aquella medida, pintándole los grandes elementos que habia en el interior de la República para dar cuanto antes un golpe de muerte al gobierno; elementos que podían nulificarse de un momento á otro, [si no se aprovechaban al instante. El viejo caudillo tuvo que ceder; mas no pudo reprimir las señales de su dolor al despedirse de su amigo, que le hacia tanta falta para ayudarle en los asuntos de la política y de la guerra.

A principios de Mayo se embarcó Comonfort en Acapulco, y fué á desembarcar en el puerto de Zihuantanejo. Llevaba consigo unos trescientos hombres, la mayor parte

de los cuales habian pertenecido á la brigada Zuloaga, y recelaba mucho que se le pronunciasen en el camino. Con ellos sin embargo, y con escasísimos recursos, emprendió su marcha por la costa y por el Sur de Michoacán, hasta situar su cuartel general en Ario.

Las primeras impresiones que recibió al ver el estado de las cosas en aquel departamento, fueron bien amargas. Es verdad que la revolucion habia ganado terreno, á medida que se habian multiplicado los motivos de ella; es verdad que las guerrillas eran numerosas y valientes, que llevaban casi siempre en los encuentros la mejor parte, y que las tropas del gobierno apenas les hacían daño alguno, procurando en vano comprometerlas en alguna batalla campal; pero la revolucion estaba con todo esto, como herida de muerte por la opinion pública, á causa de los excesos de toda clase que se cometían en su nombre. Habia malvados que invocando la causa de la libertad, saqueaban los pueblos y las haciendas, ejercían espantosas depredaciones, cometían violencias y asesinatos, y se portaban en fin como verdaderos bandidos y salteadores. Todo el departamento estaba escandalizado con aquellas iniquidades, y no era menos grande el horror que ellas inspiraban, que el disgusto causado por las demasías de la dictadura. Los amigos de ésta podían hablar de robos, incendios y asesinatos, cometidos por partidas de hombres armados contra ella, de hombres que se decían partidarios de la revolucion y defensores de los derechos del pueblo, y confundidos así los buenos patriotas con los criminales, la opinion andaba recelosa y asustada, no sabiendo que partido tomar, pero casi desidida por un gobierno que si era cruel é implacable con sus enemigos, no atacaba como aquella revolucion las vidas y las propiedades de todos.

Fué para Comonfort un tormento inesplicable el encontrar así desconceptuada una empresa á la cual habia consagrado tantos desvelos, y que le debía tantos sacrificios encaminados todos á conservarla sin mancha. Ante el descrédito que sus falsos amigos arrojaban sobre ella, veía con dolor que iban á nulificarse todos los esfuerzos anteriores y á undirse bajo el peso de una execración general, las intenciones puras con que habia dado su nombre á la revolucion, los peligros que habia arrojado en las primeras campañas, los sinsabores de su viaje por el extranjero, todo lo que habia hecho por libertar á su patria del yugo que la oprimía.

Se propuso, pues, limpiar á la revolucion de las manchas que algunos hombres viciosos habian arrojado sobre ella, y lo consiguió atropellando audazmente las contemplaciones que suelen tener los caudillos de un levantamiento con las

demasías de sus gentes. Con fecha 25 de Mayo espidió una circular á todos los jefes de guerrillas, prohibiendo terminantemente los desmanes de que se quejaban los pueblos, y que se habian cometido hasta entonces bajo el pretexto de que eran una triste necesidad de la guerra: estableció las reglas que debían observarse en la exacción de los artículos indispensables para las tropas, y amenazó con severos castigos á los que las infringieran, ora fuese atacando de cualquier modo la propiedad, ora faltando á las consideraciones debidas á los ciudadanos (1) Despues de esto, dirigió la palabra á los pueblos de Michoacan, exhortándolos á hacer el último esfuerzo por el triunfo ya próximo de sus libertades, y asegurándoles que encontrarían en él un decidido defensor de sus intereses y de su reposo contra cualquiera que intentara atacarlos. (2)

Entonces tuvo lugar un acontecimiento que fué de no poca importancia para la revolucion. El prisionero de Nuzco que tantos peligros habia arrostrado por ser fiel á su gobierno y á su conciencia militar, abrazó la causa revolucionaria, y pidió que le quitaran las ataduras de prisionero, para hacer la guerra á la dictadura.

Comonfort habia llevado consigo al interior de la República al general Zuloaga, en su calidad de prisionero de guerra. Este habia tenido ya tiempo suficiente para comprender las verdaderas miras de la revolucion, y la impopularidad del gobierno por quien habia hecho tantos sacrificios; habia presenciado la noble conducta y los rasgos caballerescos de Comonfort; habia comprendido las intenciones puras, y las miras elevadas de aquel jefe; é impulsado además por la gratitud que le inspiraban las atenciones de que habia sido objeto entre sus propios enemigos, se decidió por fin á tomar partido con ellos. Con fecha 28 de Mayo dirigió á Comonfort una comunicacion, que es muy digna de figurar entre los documentos mas notables de esta historia. (3) En ella recordaba el abandono en que le habia tenido el gobierno durante su expedicion por la Costa Grande, los peligros que habia corrido de ser víctima de las represalias que permitía su sanguinaria conducta con los prisioneros, la circunstancia de que debia su existencia á la generosidad de sus enemigos, y las finezas con que estos habian dulcificado su amarga posicion; y en virtud de estos antecedentes, y de que la persona de Comonfort prestaba á la revolucion garantías de ór-

(1) Véase esta circular en el *Apéndice*, Núm. 22.

(2) Véase en el *Apéndice*, Núm. 23.

(3) Véase en el *Apéndice*, Núm. 24.

den y de moralidad, así como de grandes esperanzas para el país, concluía declarando que se adhería á ella, y ofreciéndole sus servicios Zuloaga remitió á la historia la calificación de las circunstancias que le obligaron á lidiar primero por el gobierno de Santa-Anna, y despues por la revolucion; y la historia no puede menos de hacer justicia á sus sentimientos de patriota y de soldado.

Todavía le aguardaban á Comonfort en Michoacán otros disgustos, además de los que le causó el espectáculo de los desórdenes que á la sombra de la revolucion se cometían. Encontró tan exaltadas las pasiones entre los pronunciados de aquel departamento, que mas de una vez tuvo que contemporizar con ellas, cuando no se trataba de poner á salvo los fueros de la moral y de la justicia, sino de hacer el sacrificio de sus particulares afectos. Así sucedió, apenas habia llegado, con motivo de una inexplicable animadversión que concibieron los caudillos del departamento contra tres personas que llevaba en su compañía, y con las cuales le ligaban estrechos vínculos de amistad. Estas eran el general Zuloaga, Don Mariano Ortiz de Montellano y el coronel Don Rafael Benavides. Zuloaga habia dado brillantes muestras de su elevación de carácter durante el largo cautiverio que voluntariamente habia sufrido, espuesto siempre á una muerte segura por no faltar á lo que consideraba como sus deberes; y Comonfort que no podia menos de apreciar en alto grado tan excelentes cualidades, habia cobrado por su prisionero aquella estimacion que siempre inspira la virtud á las almas nobles; estimacion que acababa de aumentarse con el pensamiento que ya le habia comunicado Zuloaga de ofrecer á la revolucion sus servicios. Montellano los habia prestado muy grandes desde los primeros dias del levantamiento; se habia encontrado al lado del general en la heroica defensa de Acaapulco; le habia acompañado en su viage por los Estados-Unidos; siempre habia estado dispuesto á todo para servir á la causa comun en la adversa y en la próspera fortuna; y Comonfort pagaba con entrañable afecto el respetuoso cariño de que le habia dado constantes pruebas aquel ilustrado jóven. En fin, Benavides estaba ligado por vínculos de antigua amistad con Comonfort; habia estado en todos los secretos de la revolucion desde que pensaron en ella los caudillos del Sur, y habia servido con fé y con entusiasmo á la empresa que sostenían todos.

Levantóse contra estos individuos entre los pronunciados de Michoacan una aversion profuada que en vano procuró destruir el general en jefe: dieron en decir que no les inspiraban confianza, que tenían de ellos una traicion, que iban

á trastornar todos los planes de la guerra contra el gobierno; y tomaron empeño decidido en que Comonfort los apartara de su lado. Bien conocia él que todo aquello era una injusticia de las muchas que cometen las pasiones cuando están alborotadas; bien conocia que lejos de haber razon para temer nada malo de sus tres amigos, podian al contrario servirle de mucho en la nueva campaña con su cooperacion y sus consejos; pero no pudiendo vencer la obstinacion que los perseguia, ni calmar el enojo que contra ellos fermentaba, tomó la resolucion de apartarlos de sí, y los mandó al Sur, de donde los habia sacado para que fueran sus compañeros íntimos, en las penalidades que tal vez le aguardaban. Lágrimas derramó el valeroso caudillo, cuando el patriotismo y la prudencia le obligaron á dar aquel paso; y los que comprenden algo de los sentimientos del corazón, creerán sin esfuerzo, que no fué aquel el menor de los sacrificios que le debió la causa del pueblo, entre los muchos que hizo por ella.

Poco antes que Comonfort llegara á Michoacan, habia salido para aquel departamento el general Santa-Anna. Las malas noticias que constantemente recibia, le hicieron emprender aquel viaje á principios de Mayo, y acaso le decidió á ello la circunstancia de que la revolucion de Michoacan, iba á contar en su seno al defensor de Acapulco.

Salió el dictador con lucido acompañamiento, llevando consigo los mejores de sus generales y los brillantes cuerpos de su guardia. Anduvo el camino de la capital á Morelia en medio de aplausos y festejos, y pasando por debajo de arcos que la adulacion le levantaba por todas partes; y puesto á la cabeza de una fuerte division, marchó á Zamora. Los pronunciados que ocupaban aquella ciudad desde el 22 de Abril, la abandonaron al aproximarse las fuerzas del gobierno, no teniendo por conveniente defenderse en una poblacion abierta y contra fuerzas muy superiores. A consecuencia de esto, Santa-Anna entró en Zamora con su division el dia 15 de Mayo.

Algunos dias despues concibió el proyecto de dar un golpe al cuartel general de Comonfort que se hallaba en Ario; pero una furiosa tempestad que le cogió de noche en la sierra dirigiéndose á aquel punto, le sirvió de buen pretexto para abandonar la empresa, bien que no dejó de decirse que habria sido inútil llevarla adelante, supuesto que Comonfort y los suyos habian desocupado á Ario en cuanto supieron que se acercaban aquellas tropas.

Las de la revolucion se habian organizado en fuertes secciones para obrar y estenderse por diferentes puntos. Una

de ellas á las órdenes de Cuesta, se habia internado en Guanaxuato amenazando á la capital de aquel departamento el dia 9, y poniendo en grande aprieto á la guarnicion, viniendo despues á derrotar al comandante general del departamento cerca de Burras. Otra, compuesta de mil cuatrocientos hombres, y mandada por Don Santos Degollado, habia salido de Michoacán para hacer una correría por el departamento de México, tentar alguna maniobra sobre la capital de la República, y penetrar en el departamento de Puebla. Esta expedicion habria dado felices resultados, si el gobierno no hubiera andado entonces estremadamente activo para contrarrestar la actividad de las fuerzas pronunciadas. Estas podrian haber tomado á Toluca, producir algun levantamiento en la capital, ó en último caso, llevar la revolucion al departamento de Puebla, si se hubiera logrado alguna de las combinaciones que se habian preparado al efecto; pero todos los cálculos fueron fatalmente destruidos por una serie de contratiempos que acabó con el mayor de los desastres que habia sufrido la revolucion desde su origen.

Tenazmente perseguido Degollado desde que salió de Michoacán, por el general Tabera, no pudo detenerse en ninguna parte, ni permanecer en las inmediaciones de la capital en una actitud capaz de infundir ánimo en los amigos de la revolucion que residian en ella. Don Plutarco Gonzalez se habia puesto en marcha para proteger los movimientos de Degollado, pero advertida á tiempo la autoridad militar de Toluca, habia enviado un cuerpo de tropas para atajarle el paso, y Gonzalez habia tenido que batirse con ellas el 26. Esto le impidió obrar en combinacion con Degollado, segun habian convenido, decidiéndose en consecuencia este caudillo á correr con su gente hacia la sierra, para realizar uno de los propósitos que habia formado al salir de Michoacán, que era el de llevar la guerra, en último caso, al departamento de Puebla. Así llegaron aquellos mil cuatrocientos hombres el 28 de Mayo á Tizayuca, donde los alcanzó y los atacó Tabera con una brigada numerosa y aguerida, compuesta seguramente de los mejores soldados que entonces tenia el gobierno. Los de Degollado no pudieron resistir sino muy corto tiempo á los fuegos de la infantería enemiga, siendo ellos casi todos de á caballo; y el resultado fué que se desbandaron completamente, quedando en poder de Tabera cuarenta prisioneros que fueron fusilados el siguiente dia en el mismo pueblo de Tizayuca.

La dispersion fué tan completa, que se quedaron solos Degollado, Ghilardi y Cagigas. Los tres tomaron de nuevo el camino de Michoacan, andando á deshoras y por sendas

estraviadas, hasta que llegaron á Acámbaro: pero no los desalentó la desgracia que habian sufrido estimulados mas bien por ella, trabajaron sin descanso para reponer las pérdidas de aquella derrota, y pronto se les vió figurar de nuevo en la palestra al frente de nuevas guerrillas.

El desastre de Tizayuca no podía entristecer mucho á los revolucionarios, cuando tanto se multiplicaban, para compensarle, los acontecimientos felices. El 13 de Mayo se habia pronunciado en Lampazos Don Santiago Vidaurri, y habia tomado á Monterey el 23, haciendo prisioneros al comandante general y á la mayor parte de los oficiales de la guarnicion, y cayendo en poder soyo las municiones y armamento de la plaza. El 25 se habia pronunciado la villa de Guerrero en el departamento de Tamaulipas. Estos dos hechos eran de grave trascendencia, porque debian influir poderosamente á favor de la revolucion en los departamentos fronterizos, y porque venian á disminuir el terreno donde dominaba la dictadura, harto reducido ya por las pérdidas anteriores.

El general Santa Anna volvió á México el 8 de Junio, y se negó tambien entonces á que se le hiciera triunfal recibimiento, lo cual no impidió el que se dijera terminantemente que las facciones de Michoacan quedaban derrotadas. El público sabia sin embargo, que durante el viaje del presidente, no habia habido triunfos ni derrotas, y veía tambien que la revolucion hacia prosélitos por todas partes. Así es que se burló formalmente, bien que en secreto, de una circular espedita entonces, en la cual se declaraba que el presidente de la República, por un rasgo de generosidad y de clemencia, concedía indulto á los rebeldes que abandonarían las filas de la revolucion y se presentáran á las autoridades.

A esta ocurrencia tan intempestiva respondieron los pronunciados en toda la República con nuevos golpes, y las poblaciones con nuevos pronunciamientos. Los del Sur atacan á los enemigos en las inmediaciones de Zumpango, de Tasco y Sochilapa, y dan muerte en estas refriegas á los coroneles Cadena, Suarez y Cumargo. Los de Luevo-Leon derrotan á Güitlan en el Saltillo, se apoderan de aquella ciudad, y extienden la chispa revolucionaria por el departamento de Coahuila y el de Tamaulipas. Pronúnciase Don Ignacio de la Llave en Orizaba, y prende el fuego en el importante departamento de Veracruz. Vega engruesa sus fuerzas en la Sierra Gorda, estendiéndose por San Luis; López en Tehuantepec, comunicando aliento á los patriotas de Oajaca; Hinojosa y Villaseñor en Autlan, fomentando el movimiento de Jalisco. No habia en suma á fines de Junio, un

solo departamento donde no se hubiera protestado abiertamente contra la tirania dictatorial; y visiblemente iba llegando la última hora de aquel poder opresor.

No era bastante á poner las cosas de mejor condicion para el gobierno, un paso que habia dado el dictador con el objeto de reparar los desastres de su mala causa ante la opinion pública. Viendo que por todas partes le brotaban enemigos, ocurrióle que tal vez podria conjurar la tormenta, poniendo en práctica un pensamiento que sinceramente adoptado, le habria salvado tal vez en tiempo oportuno, pero que entonces acabó de perderle. Lo peor que pueden hacer los que gobiernan, es dar á los pueblos el derecho de decir: ya es tarde. Esto es lo que dijo entonces con sobrada razon el pueblo mexicano al gobierno de Santa-Anna.

El 25 de Junio convocó el dictador al Consejo de Estado, y sometió á su deliberacion dos cuestiones, sobre las cuales recomendó á los consejeros que hablaran libremente. Erau estas:

“1.ª ¿Ha llegado el tiempo oportuno de espedir un Estatuto ó ley constitutiva de la República?”

“2.ª ¿Cual es la autoridad, corporacion ó asamblea que deba espedir dicho Estatuto?”

El Consejo dijo que habia llegado aquel tiempo, y que el mismo presidente debia hacer el Estatuto ó constitucion. Despues se le consultó sobre la forma de gobierno que deberia adoptarse, y se dió libertad á los periódicos para que manifestaran su opinion sobre este punto: el Consejo respondió que debia adoptarse la forma republicana, y lo mismo dijeron los órganos de la prensa que de este particular trataron.

Aquella resolucion del Consejo causó profundo disgusto al dictador; y sus ministros se quejaron de que en el seno de aquel cuerpo escogido hubiesen penetrado las ideas revolucionarias. No esperaban ellos que los individuos del Consejo, aquellos hombres que merecian toda su confianza, y que no estaban contaminados ya por algunos prevaricadores, (4) hicieran una manifestacion tan clara, aunque indirecta, de que la nacion no estaba bien con la politica dictatorial. Los consejeros todos, menos dos ó tres, dijeron en sustancia que la República necesitaba alguna ley que no fuera la voluntad absoluta de un hombre; y lo dijeron en cuanto se les preguntó, sin va-

(4) Don Manuel Baranda, Don Antonio Florentino Mercado, y algunos otros, habian sido lanzados de allí por su independencia, por su franqueza, y por sus opiniones contrarias á toda opresion, y andaban confinados fuera de la capital.